

lisis de la propaganda: el panfleto, la literatura, la prensa, el charlatán..., en definitiva, cualquier elemento capaz de influir en el cerebro y en el corazón, en la inteligencia y en los sentimientos del hombre, es susceptible de convertirse en un arma de la lucha propagandística al servicio de tales o cuales intereses.

En tercer lugar, el aparato crítico necesario para encuadrar el trabajo, capaz de dotar coherencia y rigor al mismo. No podemos olvidar que el estudio histórico de la propaganda necesita un soporte teórico en el cual no intervienen únicamente conceptos propios de la Historia, sino que se hace necesario un conocimiento exhaustivo de la Teoría General de la Comunicación o de la Sociología de la Opinión Pública, del que ciertamente hace gala el autor.

La obra se divide en cuatro grandes bloques, aunque es el último de ellos, dedicado al siglo XX, el que por su trascendencia para la cuestión que le ocupa, representa más de la mitad del libro. Sin embargo, este hecho no significa la desatención por su parte del resto de la cronología. Es bien patente a lo largo de las páginas el interés con que trata el desarrollo de la propaganda en las formas políticas de dominación previas al Estado, caso del mundo helénico o de Roma, o la importancia de la Iglesia en la propagación de mensajes acordes con sus intereses durante el Medievo. Con todo, será durante la época Moderna cuando se observe un primer salto cualitativo en cuanto a la importancia del fenómeno propagandístico, sobre todo con la invención de la imprenta y su corolario de difusión masiva de la palabra escrita. Así, este hecho novedoso provocará consecuencias de otro modo impensables, en la creación o consolidación de sentimientos mutuos de solidaridad entre los habitantes de un determinado país (fundamentos de los Estados nacionales), en la difusión del pensamiento y de la práctica revolucionaria (independencia de América, Revolución Francesa) o, ya en el siglo XIX, el surgimiento de grandes teóricos del quehacer propagandístico, caso de Engels o Marx, cuyo *Manifiesto del Partido Comunista* «es uno de los textos propagandísticos más grandes de la Historia» (Pág. 135).

El siglo XX trae consigo el desarrollo de la «propaganda científica». Sin desdeñar el papel desempeñado por la misma en la «Gran Guerra» y durante el proceso revolucionario de 1917 en Rusia, el grado de perfección que alcanzan los sistemas propagandísticos en la Italia mussoliniana y en la Alemania de Hitler, y posteriormente en las dictaduras comunistas del Este de Europa, son palmario ejemplo del relieve histórico que ha tenido la propaganda y que sigue teniendo en nuestros días.

La trascendencia de la persuasión por medio de la práctica propagandística para mantener o modificar las conductas de los individuos en uno u otro sentido, más todavía en el caso de la propaganda política por su estrecha vinculación al aparato estatal, queda bien patente en este libro del Profesor Pizarroso. Gracias a su lectura tendremos algún elemento de juicio para saber si, como alguien dijo, la Historia es más que la propaganda de los vencedores.

Ricardo M. Martín de la Guardia (Universidad de Valladolid)

MATEO MARTINEZ, *CABALLERIA Y LIBERALISMO (1800-1875)*, Academia de Caballería, Valladolid, 1991, 220 pp.

La presencia del Ejército —entendido como tal estamento o grupo de poder— en la gestación de la política española contemporánea, ha sido lugar común no sólo

de estudios históricos sólidos como en el caso que nos ocupa, sino de presunciones o apreciaciones sesgadas, difundidas en muchos casos por los medios de comunicación de una forma más o menos interesada, que paulatinamente se van desterrando gracias a análisis más certeros.

Parece indudable que la Guerra de la Independencia provocó una transformación radical del Ejército que, a partir de entonces, desempeñará un papel trascendental en la vida política española durante todo el siglo XIX. Muchos autores se han preocupado por indagar en las causas de esta presencia real del estamento militar en el devenir histórico español, y numerosas han sido también las explicaciones. Son muy conocidas las tesis de Jover sobre las consecuencias que las guerras carlistas trajeron consigo en el sentido del aumento desmesurado del cuerpo de oficiales del Ejército; o las de Raymond Carr, quien se remonta a los años de lucha contra el invasor francés desde 1808, lo que originaría una hipertrofia de los grupos militares y su consiguiente incidencia en la vida pública del país. Como bien dice el autor, «las causas de la *preponderancia militar* en la política de la España decimonónica no tienen por qué ser reducidas a un esquema simplista. Es frecuente, sin embargo, presentar una de ellas no como única, sino como clave del fenómeno, que radica en la debilidad del poder civil o en el hecho de unas estructuras defectuosas de la sociedad». (P. 29).

Mateo Martínez acierta plenamente con la espléndida síntesis de la que el párrafo antes citado es deudor, y que coloca como capítulo introductorio. En ella analiza la intervención militar en la historia política española del ochocientos, para lo cual realiza un riguroso estudio tanto de la bibliografía clásica como de la más reciente sobre tan ardua cuestión, con lo que posibilita un acceso más fácil y directo a los estudios parciales sobre algunas de las más destacadas figuras de la Caballería española del período que tuvieron una activa presencia en el panorama político.

Es en esta segunda parte del libro donde el profesor Martínez demuestra no sólo sus amplios conocimientos de la etapa estudiada sino los frutos de su labor investigadora en numerosos archivos y bibliotecas, entre los que cabe destacar la rica documentación extraída de los expedientes de los personajes historiados depositados en el Archivo General Militar.

Para el caso de los guerrilleros, nos traza el autor la trayectoria vital de hombres tan sugerentes como el Empecinado, Amor de la Pisa y el Charro, así como la vinculación de éstos a la causa liberal, lo que en algún caso —sin duda el más caracterizado fue el de Juan Martín, el Empecinado— les condujo incluso al cadalso. Línea de investigación ésta de los guerrilleros en la cual Mateo Martínez ha sido uno de los pioneros y de la que esperamos que el propio autor nos ofrezca un estudio monográfico, a todas luces necesario en el panorama historiográfico español.

Los capítulos dedicados al antiesparterista Diego de León, «la mejor lanza de España», y al reverso de la moneda, al liberal exaltado Ferraz quien, siempre al lado de Espartero, llegó a ser Inspector del Arma de Caballería, muestran palmariamente la virtualidad del término «preponderancia militar» con el que se conoció ya en su tiempo el fundamento que forjó aquel «Régimen de los Generales». Finalmente, el reinado de Isabel II estuvo en buena medida marcado por nombres como los de Shelly, desde posiciones moderadas; el «centrista» Dulce, o personajes de la talla de Pezuela, Zalava o, cómo no, Serrano, jefe de la Unión Liberal después de O'Donnell. Todos ellos militares que ponen en evidencia cómo el Arma de Caballería fue un

factor decisivo en la gestación de la política española del siglo XIX desde actitudes políticas dispares. De tal forma que, para Martínez, utilizando la terminología politológica al uso, la participación política del Ejército durante aquellos años se acomodaría bien al concepto de pretorianismo en tanto en cuanto aquella intervención tuvo una finalidad fundamentalmente política, con una intención reformadora de la situación del país según las inclinaciones políticas de cada uno de ellos, y no una pretensión exclusivamente militar, de transformación y mejora de las condiciones del status castrense.

No queremos dejar de mencionar la cuidadosa edición del libro, con todo lujo de grabados e ilustraciones, patrocinada por la Academia de Caballería de Valladolid y que sin lugar a dudas contribuye decisivamente a dar a conocer una parte más de la rica historia de esta institución militar.

Ricardo M. Martín de la Guardia (Universidad de Valladolid)